

AGENDA CIUDADANA

UN PRESIDENTE IRRITADO

Lorenzo Meyer

Un Presidente no es la Nación.- El 31 de mayo, en reunión con empresarios en Sonora, el presidente Ernesto Zedillo puso de lado las tarjetas preparadas para la ocasión e improvisó. Se lanzó, irritado, contra los informadores que sistemáticamente ocultan las buenas noticias, destacan las malas y son incapaces de reconocer lo mucho que se ha logrado en los últimos tiempos gracias al esfuerzo de millones de mexicanos (*Reforma*, 1° de junio, 1996). Acto seguido, pronosticó la derrota de "los pesimistas, los derrotistas, los alarmistas, (y) los sensacionalistas", es decir, de sus críticos.

Que al presidente --a este o a cualquier otro--, le incomoden la crítica y los críticos, no es novedad, en realidad es algo muy humano y común. Por mucho tiempo en México hubo relativamente pocos críticos presidenciales y rara vez los ocupantes de "Los Pinos" tenían ocasión de irritarse, pero los tiempos han cambiado, y a menos que repentinamente recobre fuerza el autoritarismo y los obligue a callar, los críticos van a seguir activos. Lo prudente sería que el presidente se acostumbrara a su presencia, dominara sus impulsos y reaccionara frente a ellos con mesura y, si se puede, con gracia y elegancia. Un viejo proverbio señala: "el que se enoja, pierde", y por su propio interés, la presidencia no debería darse el lujo del enojo

público frente una característica propia de la democracia que esperamos llegar a tener: la crítica.

La irritación del presidente ante quienes, según él, sólo ven lo negativo, le llevó a argumentar en Sonora en un sentido muy tradicional. De acuerdo con la nota periodística, el jefe del Poder Ejecutivo acusó a esos "pesimistas" y "derrotistas" de ser incapaces de reconocer lo mucho que se había logrado en los últimos tiempos merced al esfuerzo de millones de mexicanos. Y ahí el jefe del Ejecutivo quizá incurrió en un pecado de soberbia, pues equiparó la crítica al régimen, a su administración y a su persona, con una falta de reconocimiento a los esfuerzos de miles de mexicanos por salir adelante pese a lo adverso de las condiciones. Identificar a la sociedad y a la nación con el gobierno y el gobernante, es un recurso tan viejo como falso...e inútil.

Si al presidente se le pudiera pedir que fuera más específico, seguramente no tendría dificultad en señalar con nombre y apellido a los que, según él, forman el grupo de los pesimistas, derrotistas, alarmistas o sensacionalistas que le molestan. Sin embargo, creo que le sería difícil demostrar que los argumentos de esos personajes han negado o minimizado los obvios y dramáticos esfuerzos de millones de mexicanos comunes y corrientes por sobrevivir en un ambiente tan hostil y difícil como el que han creado para ellos la irresponsabilidad, los errores y la corrupción sistemática de la clase política mexicana, la actual y la del pasado.

El Juicio de los Mexicanos.- Si la encuesta realizada el mes pasado a 1500 ciudadanos coordinada por los diarios *Reforma* y *El Norte* y con la colaboración de otros nueve periódicos en 25 estados de la república, estuvo bien hecha y su muestra es representativa, entonces resulta que son justamente los mexicanos comunes y corrientes los que mantienen una actitud muy crítica frente a las acciones del presidente y su gobierno. En efecto, las cifras dicen que sólo el 35% de los encuestados aprobaron la forma como el presidente esta manejando al país, en tanto que la mayoría --57%-- la desaprobaron. En una escala que va del 1 a 10, el promedio que obtuvo la actuación del presidente como líder del país fue de sólo 5.5. Finalmente, cuando a los 1500 ciudadanos que formaron parte de la muestra nacional se les preguntó cual era, en su opinión, el mayor acierto del presidente, el 63% respondió no saber de, o simplemente no encontrar, un sólo acierto (*Reforma*, 2 de junio, 1996). Una encuesta sobre el mismo tema hecha en Guadalajara por el Centro de Estudios de Opinión de la universidad de esa misma ciudad, arrojó un resultado semejante: 5.3, (*La Jornada*, 4 de junio, 1996). En suma, no es sólo entre los comentaristas e informadores donde hay inconformidad con el desempeño de las autoridades federales, sino en la sociedad, en la realidad.

Otro indicador similar al anterior, es la encuesta realizada por la organización no gubernamental Transparencia Internacional (TI). No es posible saber que tan científica

fue la muestra usada por TI, pero se trató de un grupo internacional de empresarios a los que se les pidió, con base en su experiencia, calificar el grado de honestidad imperante en 54 países de los cinco continentes. México consiguió una calificación de apenas 3.3, mucho mejor que Nigeria o Venezuela, pero menos de la mitad que Chile, el país con el menor grado de corrupción pública en América Latina (*La Jornada*, 3 de junio, 1996).

La Irritación Somos Todos.- Si el presidente esta irritado con comunicadores y comentaristas, resulta que no lo esta menos el resto de la sociedad con su gobierno, y con razón. Bien visto, lo que sucede ahora es que el jefe del Poder Ejecutivo no sólo esta cosechando la irritación natural que él sembró al incumplir su compromiso fundamental con el electorado en 1994 --prometió el bienestar para las familias y dio precisamente lo contrario-- y de los errores de su equipo, sino que también esta cosechando una irritación histórica. En efecto, en el ánimo de la sociedad mexicana se ha acumulado el resentimiento frente a sus gobernantes, producto de la larga cadena de abusos, fracasos, engaños, manipulación, injusticias y corrupción de quienes por varias generaciones han monopolizado el poder. Ernesto Zedillo llegó a la presidencia no por méritos propios sino por la capacidad de un viejo partido de Estado para imponer a un candidato, cualquiera que este fuese. Sin embargo, y por la misma razón, Zedillo al asumir la presidencia, también debió cargar con la herencia negativa

de un grupo y de un sistema políticos muy gastados y delegitimados. Y es que una cosa --la presidencia conseguida por y desde el PRI-- no puede ir sin la otra --la irritación de una sociedad que ha sido objeto del abuso sistemático del poder. En buena medida, la crítica al presidente lo es menos contra él en lo personal y más contra el sistema del cual Ernesto Zedillo es símbolo y último eslabón de la cadena.

Impunidad y Pesimismo.— El presidente acusó de pesimismo a algunos de los comentaristas que hoy tienen la posibilidad de expresar las razones de su inconformidad con el estado que guarda la cosa pública en México. Pues bien, hay algo de cierto en la observación, pero resulta que ese pesimismo no es producto de alguna falla ética o intelectual de los analistas, sino resultado lógico de la impotencia del arreglo institucional existente --tribunales, partidos, organizaciones cívicas, medios de comunicación, universidades, iglesias-- para sacar al país del empantanamiento político y moral en el que se encuentra.

La clase política que hoy encabeza el presidente Zedillo, simplemente se niega a asumir su responsabilidad por el trágico fracaso de todo un proyecto nacional, y usa todos los medios a su alcance --las ventajas del poder-- para seguir aferrada a sus privilegios ilegítimos, en especial el privilegio de la impunidad, que es el defensor de la naturaleza del sistema político aún imperante.

Para ilustrar lo anterior hay miles de ejemplos, uno reciente es la decisión de los legisladores priístas de sostener que no procede el juicio político demandado contra el gobernador con licencia de ese Estado, Rubén Figueroa. Los supuestos representantes populares del PRI llegaron a esa decisión pese a la existencia de un dictamen sin precedente elaborado por la Suprema Corte a petición del presidente, donde se sostiene que en el caso de los 17 campesinos asesinados por la policía en Aguas Blancas, Guerrero, el año pasado, se violaron sus garantías individuales. Los priístas no pudieron negar lo evidente -- la violación de las garantías de los asesinados-- pero desecharon la posibilidad de un juicio político porque la violación no había resultado "sistemática". Pero si no es sistemática ¿entonces como explicar el asesinato, el 5 de mayo pasado, en Cutzamala de Pinson, de Jesús González, otro dirigente del PRD en Guerrero?, asesinato posterior a los de E. Baza y C. Hernández, también líderes de la oposición, etcétera. ¿Y que decir de las amenazas que han recibido el secretario general del PRD en Guerrero, Martín Martínez y su esposa, diputada local?. ¿Es posible que en estas condiciones las próximas elecciones municipales en Guerrero puedan ser calificadas de libres y equitativas? ¿Hay o no razones objetivas políticas, económicas, sociales y culturales para el pesimismo?

Un Problema Personal con Repercusiones Nacionales.-
Quienes han tenido oportunidad de observar al presidente

Zedillo aseguran que éste se irrita con facilidad, característica, por otro lado, que comparte con muchos otros tecnócratas (al respecto véase, por ejemplo, a Andrés Oppenheimer en *México: en la frontera del caos*). Si motivado por el enojo el presidente persiste en considerar que la crítica a su administración es mero producto de la mala fe, el alarmismo y el sensacionalismo de algunos analistas, entonces se alejaría aún más de la realidad y le será más difícil encontrar la salida al callejón en que objetivamente estamos metidos él, su gobierno y el resto del país.

El problema real no son hoy, desde luego, los críticos, sino la negativa de las autoridades a aceptar, en la práctica, que el régimen actual ya es inviable, y que el problema político de fondo no se resolverá con el supuesto repunte de la economía a fin de año, sino que es necesario proceder a desmantelar el viejo sistema de poder y encabezar la construcción de una nueva institucionalidad. Una que de a la sociedad los medios para pedirle cuentas a sus autoridades y ofresca instrumentos de defensa política y legal efectiva a los millones de mexicanos marginados por el mercado. Una institucionalidad donde exista una división de poderes que desemboque en la construcción de un sistema legal que aleje a México, por primera vez en su historia, de la categoría de los países con corrupción endémica. La energía presidencial no debería gastarse ahora en la defensa propia ni en la de los intereses creados, sino en construir la estabilidad del futuro.

Germán Dehesa -- buen analista político, entre otras muchas cosas-- dijo que de seguir como va, el presidente corre el peligro de asemejarse a la dinastía de los Austria --la de Juana la Loca o Felipe el Hermoso-- pues en menos de dos años ha pasado de ser Zedillo el débil a ser Zedillo el bienintencionado y ahora Zedillo el incomprendido. Eso a pocos conviene; hoy necesitamos de Zedillo el reformador imaginativo, activo y efectivo; el líder que utilice a fondo su posición, energía e inconformidad, no contra sus críticos sino contra los grandes obstáculos que se interponen entre el México que es y el que debería ser.